

# El paraíso de los niños

Nathaniel Hawthorne





<https://cuentosinfantiles.top>

Hace mucho, mucho tiempo, cuando el mundo era joven, hubo un niño llamado Epimeteo que no había tenido padre ni madre, y para que no estuviese tan solo le enviaron desde un país lejano a una niña, también sin padre y sin madre, para que viviese con él y fuese su compañera de juegos y su ayuda. La niña se llamaba Pandora.

Lo primero que vio Pandora, cuando entró en la casita donde vivía Epimeteo, fue una caja grande. Y casi lo primero que le preguntó en cuanto cruzó el umbral fue esto:

—Epimeteo, ¿qué guardas en esa caja?

—Querida Pandora —respondió Epimeteo—, es un secreto y debes tener la amabilidad de no preguntarme nada sobre él. Han dejado aquí la caja para que esté bien guardada y yo mismo no sé lo que tiene dentro.

—Pero ¿quién te la ha dado a guardar? —preguntó Pandora—. ¿Y de dónde proviene?

—También eso es un secreto —respondió Epimeteo.

—¡Qué fastidio! —exclamó Pandora haciendo una mueca—. ¡Me gustaría que la dichosa caja estuviese a cien leguas de aquí!

—¡No pienses más en ella! —exclamó Epimeteo—. Vamos fuera, a jugar con los demás niños.

Hace miles de años que vivieron Pandora y Epimeteo. Y el mundo ahora es muy diferente de como era en su tiempo. Entonces todo el mundo era niño. No hacían falta padres ni madres para cuidar de las criaturas, pues no había peligros ni males de ninguna clase, no había ropa que coser, y siempre se encontraba de comer y beber en abundancia. Siempre que un niño necesitaba alimento, lo encontraba colgado de algún árbol. Y, si observaba el árbol por la mañana, veía en flor la comida que se le estaba preparando para la noche, y al anochecer veía el tierno capullo de su almuerzo del día siguiente. Era una vida muy agradable. No había deberes que hacer ni lecciones que estudiar; no había más que juegos y danzas, y agradables voces de niños que hablaban o

cantaban como pájaros, o saltaban como fuentes de alegre risa todo el largo día.

Y lo mejor de todo es que los niños no reñían ni tenían rabietas ni se recordaba, desde que empezó el tiempo, que ninguno se hubiese ido a un rincón refunfuñando.

¡Qué tiempo más bueno para vivir en él! La verdad es que esos horribles y diminutos monstruos con alas que se llaman molestias, y que ahora abundan tanto como los mosquitos, no se habían visto nunca en la Tierra. Y es posible que la inquietud más grande que hubiese experimentado un niño fuese la mortificación de Pandora por no poder descubrir el secreto de la caja misteriosa.

Esto fue al principio la ligera sombra de una contrariedad; pero cada día se hizo más y más real hasta que, pasado algún tiempo, la casita de Epimeteo fue menos alegre que la de los demás niños.

—¿De dónde puede haber venido esa caja? — se decía Pandora a todas horas—. ¿Y qué tendrá dentro?

—¡Siempre hablando de la dichosa caja! —dijo por fin Epimeteo, que había llegado a cansarse de oír siempre lo mismo—. Me gustaría, querida Pandora, hablar de otra cosa. Anda, vamos a coger unos cuantos higos bien maduros y nos los comeremos debajo de un árbol, que ya es hora de merendar. Y también sé dónde hay una viña que tiene las uvas más dulces que has probado nunca.

—¡Siempre hablando de uvas y de higos! —dijo Pandora de mal humor.

—Bueno, entonces —dijo Epimeteo, que no tenía mal genio, como muchísimos niños de aquellos tiempos—, vamos a correr y a jugar con nuestros compañeros.

—Estoy cansada de tanto juego y no jugaré más —respondió Pandora—. No tengo humor para juegos. ¡Esa caja tan horrible! No puedo dejar de pensar en ella. Me tienes que decir, por fuerza, lo que hay dentro.

—Ya te he dicho cincuenta veces que no lo sé —respondió Epimeteo, ya un poco molesto—. ¿Cómo quieres que te diga lo que hay dentro, si no lo he visto?

—Puedes abrirla —dijo Pandora, mirando de reojo a Epimeteo—, y así lo veremos.

—Pandora, ¿en qué estás pensando? —exclamó Epimeteo.

Y su rostro expresó tal horror ante la idea de abrir la caja que se le había confiado con la condición de no abrirla nunca que Pandora comprendió que más valía no insistir. Pero le resultaba imposible no seguir pensando en la caja y hablando de ella.

—Por lo menos —dijo—, podrías contarme cómo ha venido a parar aquí.

—La dejó en la puerta —respondió Epimeteo—, un momento antes de que llegases tú, una persona muy sonriente y muy inteligente, al parecer, y cuando la dejó en el suelo apenas podía contener la risa. Iba envuelto en una capa muy extraña y llevaba un gorrito que

parecía estar hecho, en parte, de plumas; tanto, que yo llegué a creer que tenía alas.

—¿Y qué bastón llevaba? —preguntó Pandora.

—El más curioso que he visto en mi vida —explicó Epimeteo—. Era como dos serpientes retorcidas alrededor de una vara, y estaba tan bien tallado que al principio creí que las serpientes eran de verdad.

—Lo conozco —respondió Pandora, quedándose pensativa—. ¡Solo él tiene un bastón así! Es Azogue, y él es quien la trajo para mí, y probablemente hay en ella trajes bonitos para que yo me los ponga, o juguetes para que juguemos tú y yo, o alguna golosina muy rica.

—Puede que sí —respondió Epimeteo dando media vuelta—; pero hasta que Azogue vuelva y nos lo diga, ni tú ni yo levantaremos la tapa.

—¡Qué chico más tonto! —murmuró Pandora cuando Epimeteo salió de la casita—. Me gustaría que fuese un poco más atrevido, que tuviese un poco más de valor.



Por primera vez desde que había llegado Pandora, Epimeteo se marchó sin pedirle que lo acompañase. Se fue solo, a coger higos y uvas y luego a divertirse como pudo en compañía de otros niños. Estaba harto de oír hablar de la caja y deseaba con todo su corazón que Azogue, o como se llamase el mensajero que la trajo, la hubiese dejado en la casita de cualquier otro niño, donde Pandora nunca la hubiese visto. ¡La caja, la caja, siempre la caja! Parecía que estuviese embrujada y que apenas cupiese en la casa, con lo grande que era, y Pandora tropezaba a todas horas con ella y hacía que Epimeteo tropezase también.

Sí que era triste para el pobre niño estar a vueltas con la caja de la mañana a la noche; sobre todo, porque, como los niños en aquel tiempo no estaban acostumbrados a tener preocupaciones, no sabían qué hacer para sobrellevarlas. Por eso una preocupación pequeña les daba entonces mucho más que hacer que en nuestros tiempos una muy grande.

Cuando Epimeteo se marchó, Pandora se quedó mirando la caja. La había llamado fea lo menos cien veces; pero, a pesar de cuanto había dicho contra ella, era realmente un mueble muy bonito y habría adornado perfectamente cualquier habitación en que se hubiese colocado. Estaba hecha de una hermosa madera con vetas oscuras y brillantes, y la superficie era tan pulida que Pandora podía verse la cara en ella. Como la niña no tenía otro espejo, no comprendo cómo no le gustaba más, solo por ese motivo.

Los ángulos de la caja estaban maravillosamente esculpidos. Alrededor de la tapa había graciosas figuras de hombres y de mujeres y los niños más lindos que se han visto jamás, echados o jugando entre flores y follaje; y todo estaba tan exquisitamente representado, y agrupado con tal armonía, que flores, follaje y seres humanos parecían combinarse en una guirnalda de belleza única. Pero aquí y allí, asomando tras el esculpido follaje, a Pandora le pareció una o dos veces que veía una cara no tan amable, y alguna otra

claramente desagradable, que deslucían por completo la belleza del conjunto. Sin embargo, mirando más de cerca y tocando con la punta del dedo, no encontraba nada. Sin duda, al mirar de lado alguna cara verdaderamente bonita, le había parecido fea.

La más bella de todas estaba esculpida en relieve, en el centro de la tapa. No había nada más en toda ella; la madera bien pulida y oscura, y en el centro aquella cara, con una guirnalda de flores en la frente. Pandora había mirado aquella cara muchísimas veces y le parecía que podía sonreír o ponerse seria como si estuviera viva. Las facciones, en realidad, tenían una expresión viva y casi maliciosa, y parecía que en algunos momentos quisiera hablar, y que los esculpidos labios fuesen a romper en palabras.

Si la boca hubiese hablado, probablemente habría dicho algo muy parecido a esto:

—¡No temas, Pandora! ¿Qué mal puede haber en que abras la caja? ¡No hagas caso a ese infeliz Epimeteo! Tú sabes mucho más que él y tienes cien veces más talento. ¡Abre la caja y

verás qué cosas más bonitas encuentras dentro!

La caja, he olvidado decíroslo, estaba cerrada; no con cerradura ni nada parecido, sino con un nudo intrincadísimo de cuerda de oro. Parecía un nudo sin principio ni fin. Nunca se ha visto nudo más ingeniosamente enredado, ni con tantas lazadas y vueltas; y parecía desafiar maliciosamente a los dedos más hábiles a desatarla. Y, cuanta más dificultad parecía haber en él, más tentación le entraba a Pandora de examinarlo, solo para ver cómo estaba hecho.

Ya se había detenido dos o tres veces junto a la caja, cogiendo el nudo entre el índice y el pulgar, pero sin intentar desatarlo de veras.

«Creo —se dijo— que empiezo a comprender cómo está hecho. Me parece que si lo deshago podré volver a hacerlo como estaba. En eso sí que no habrá mal ninguno. Ni a Epimeteo se le ocurriría regañarme por eso. No quiero abrir la caja y no lo haré nunca, si ese terco chico no consiente, aunque desate el nudo».

Más habría valido que Pandora hubiese tenido algo que hacer o algo en que pensar, pues así no habría pensado siempre en el mismo asunto. Pero los niños llevaban tan buena vida antes de que las penas apareciesen en el mundo que en realidad tenían muchísimo tiempo de sobra. No siempre podían estar jugando al escondite entre las zarzas floridas, o a la gallina ciega con guirnaldas de flores sobre los ojos, o a otros juegos que ya se habían inventado cuando la madre Tierra era niña. Cuando la vida es todo juego, el trabajo en realidad es un juego. No había absolutamente nada que hacer. Barrer un poco y quitar el polvo de la casita, supongo, cortar flores frescas (que abundaban por todas partes) y ponerlas en los floreros, y ya estaba hecho todo el trabajo del día de la pobre Pandora, y, para todo el resto del tiempo, ¡allí estaba la caja!

A fin de cuentas, no estoy seguro de que en este aspecto la caja no fuese para ella una suerte. ¡Porque le proporcionaba muchas ideas en que pensar y sobre que hablar, cuando

encontraba a alguien que la escuchase! Cuando estaba de buen humor, podía divertirse admirando el brillo de sus caras y la rica orla de hermosos rostros y follaje que la rodeaba. O, si estaba de mal humor, por casualidad, podía darle un empujón o un puntapié. Y muchos recibió la caja (era una caja malévola, como hemos de ver, y bien los merecía). Pero lo cierto es que, de no haber sido por la caja, Pandora, que tenía una inteligencia tan viva, no habría sabido en qué pasar el tiempo.

Porque era, realmente, ocupación sin fin calcular qué habría dentro de la caja.

¿Qué podría ser? Figuraos, queridos niños, qué ocupado tendríais el entendimiento si en vuestra casa hubiese una caja muy grande y sospechaseis que estaba llena de un montón de cosas bonitas que os iban a regalar el día de vuestro cumpleaños. ¿Creéis que hubieseis sido menos curiosos que Pandora? Si os hubiesen dejado solos con la caja, ¿no habríais tenido siquiera una tentación chiquitita de levantar la tapa? ¡Ay, no, no! ¡Qué cosa tan fea! Pero, si hubierais creído que había juguetes

dentro, ya os habría costado trabajo renunciar a la ocasión de echar una miradita. En realidad, no sé si Pandora esperaba encontrar juguetes, porque aún no se habían empezado a hacer en aquellos días, cuando el mundo mismo era un juguete grande para los niños que vivían en él. Pero ella estaba convencida de que en la caja había algo muy bueno y muy bonito. Y, por lo tanto, estaba impaciente por verlo, como lo estaría cualquiera de las niñas que me rodean. Y a lo mejor un poco más, pero de eso no estoy completamente seguro.

Aquel día del que estamos hablando, su curiosidad aumentó tanto, tanto, que por fin se acercó a la caja. Casi estaba decidida a abrirla, si podía. ¡Ay, Pandora curiosa!

Primero intentó levantarla. Pesaba mucho para las pocas fuerzas de una niña como ella. Levantó uno de los lados unos cuantos centímetros del suelo y lo soltó de nuevo: la caja dio un buen golpe. Un momento después le pareció que había oído algo dentro. Acercó el oído lo más que pudo y escuchó: ¡sí, sí: dentro se oía una especie de murmullo! ¿Sería

el ruido de los oídos de Pandora o el latido de su corazón? La niña no estaba segura del todo de haber oído algo, pero su curiosidad era más fuerte que nunca.

Cuando volvió la cabeza, su mirada cayó sobre el nudo de cordón de oro.

«Sí que debe de ser persona habilidosa la que ha hecho este nudo —pensó—. Pero creo que, a pesar de todo, soy capaz de desatarlo. Por lo menos, quiero encontrar los dos cabos de la cuerda».

Cogió el nudo de oro entre las manos y se puso a observarlo con la mayor atención. Casi sin intentarlo se encontró con que estaba empezando a desatarse. Mientras, el sol entraba por la ventana abierta, y con él las voces de los niños que jugaban lejos, y acaso entre ellas la voz de Epimeteo. Pandora se detuvo a escuchar.

¡Qué hermoso día! ¿No sería mejor dejar en paz aquel molesto nudo, no volver a pensar en la caja, ir con sus compañeros y jugar y ser feliz?



En todo este tiempo, sin embargo, sus dedos, medio inconscientemente, estaban ocupados con el nudo y, al mirar la cabeza ceñida con una guirnalda de flores representada en la tapa de la caja encantada, le pareció que le hacía una mueca.

«Esta cara parece que me mira con malicia — pensó Pandora—. Quizá se ría porque estoy haciendo una cosa mala. ¡Me dan ganas de echar a correr...!».

Pero precisamente entonces, por casualidad, dio al nudo una vuelta, y el efecto fue maravilloso. La cuerda de oro se desató sola, como por arte de magia, y dejó la caja sin cierre de ninguna clase.

—¡Qué cosa más extraña! —dijo Pandora—. ¿Qué va a decir Epimeteo? ¿Y cómo me las arreglaré para hacer otra vez el nudo?

Intentó una o dos veces volver a atarlo, pero pronto comprendió que no tenía habilidad para tanto. Se había desatado tan repentinamente que no podía recordar su forma y aspecto primitivos, parecían escapársele por completo de la memoria. No podía hacer otra cosa que

dejar la caja como estaba, hasta que Epimeteo volviese.

«Pero —pensó Pandora— cuando se encuentre el nudo desatado, querrá saber quién lo ha hecho. ¿Cómo voy a hacerle creer que no he mirado lo que hay dentro de la caja?».

Entonces, en su perverso corazoncillo nació la idea de que, puesto que de todos modos había de sospechar que había mirado dentro de la caja, más valía mirar de verdad. ¡Oh, loca y curiosa Pandora! Podrías haberte dedicado a hacer lo que tenías que hacer y dejar como estaba lo que ya habías hecho, y no preocuparte de lo que tu compañero Epimeteo fuera a decir o a pensar. Y así hubiera sucedido, tal vez, si la cara encantada que había en la tapa de la caja no la hubiese mirado de un modo tan incitante y persuasivo, y si no le hubiese parecido oír más claramente que nunca el murmullo de vocecitas dentro. No podía saber si era imaginación suya, pero en sus oídos resonaba como un pequeño tumulto de murmullos... Acaso era su curiosidad misma la que murmuraba:

—¡Déjanos salir, querida Pandora, por favor, déjanos salir! ¡Si vieras qué buenos compañeros vamos a ser para ti! ¡Déjanos salir y verás!

«¿Qué será? —pensó Pandora—. ¿Habrá algo vivo en la caja? ¡Sea lo que sea, estoy decidida a verlo! ¡Solo una miradita y luego vuelvo a cerrarla! ¿Qué mal puede haber en que mire un poquito?».

Pero ya es hora de que sepamos a qué se dedicaba Epimeteo.

Aquella era la primera vez, desde que había llegado su compañera, que había intentado divertirse sin su compañía. Pero nada le salía a su gusto, ni era tan feliz como los demás días.

No podía encontrar frutas maduras y dulces, y si las encontraba le empalagaban. No había contento para su corazón ni su voz surgía alegre como otras veces, al unirse a la de sus compañeros en sus bulliciosos juegos. En una palabra: estaba tan enfadado y tan disgustado que los otros niños no podían comprender lo que le pasaba. Tampoco él lo comprendía del todo. Porque debéis recordar que en aquel

tiempo todo el mundo solía ser constantemente feliz. El mundo aún no había aprendido a ser de otra manera. Ni un solo cuerpo había estado enfermo, ni una sola alma había estado triste, desde que aquellos niños fueron enviados a la hermosa Tierra para divertirse y gozar en ella.

Por fin, viendo que algo le ocurría, fuese lo que fuese, dejó de jugar y le pareció lo mejor ir a buscar a Pandora, que por lo menos estaba de humor parecido al suyo. Con la esperanza de darle una alegría, cogió unas cuantas flores e hizo con ellas una guirnalda para ponérsela en la cabeza. Las flores eran muy bonitas, rosas, azucenas, flores de azahar y otras muchas que iban dejando a su paso un rastro de fragancia. La guirnalda estaba muy bien hecha, lo mejor que podía salir de las manos de un niño. Los dedos de las niñas, al menos a mí me lo ha parecido siempre, tienen más habilidad para hacer guirnaldas de flores; pero los niños de aquellos tiempos eran más hábiles que los de ahora.

Y este es el momento de decir que hacía ya algún tiempo que una gran nube negra corría por el cielo, aunque todavía no había ocultado la luz del sol. Pero, cuando Epimeteo entró en su casita, la nube cerró el paso a la luz y se produjo una repentina y triste oscuridad.

Epimeteo entró despacito, porque quería, a ser posible, llegar sin que le oyese Pandora y ponerle en la cabeza la guirnalda de flores antes de que ella reparara en su presencia. Pero no había necesidad de entrar tan despacio. Aunque hubiese dado pasos fuertes y ruidosos, tan ruidosos como los de un hombre, casi iba a decir como los de un elefante, seguramente Pandora no lo habría oído llegar.

Estaba demasiado absorta en sus malos propósitos. En el momento en que Epimeteo entró en la casita, la chiquilla acababa de poner la mano en la tapa y estaba a punto de abrir la caja. Epimeteo la miró. Si hubiese dado un grito, Pandora probablemente habría retirado la mano y el tremendo misterio de la caja no se habría sabido nunca.

Pero Epimeteo, aunque nunca hablaba de ello, tenía también su poquito de curiosidad por saber lo que había en el interior. Comprendiendo que Pandora estaba decidida a descubrir el secreto, decidió que su compañera no había de ser la única en enterarse. Y, si dentro de la caja había algo bonito o que valiese la pena, también él quería su parte. Así que, después de tantos prudentes consejos a Pandora para que frenase su curiosidad, Epimeteo se volvió casi tan insensato como ella y casi tan culpable como su compañera. De modo que, si echamos la culpa a Pandora de lo que sucedió, hemos de echársela también a Epimeteo.

Cuando Pandora levantó la tapa, la casita se quedó muy oscura y muy triste porque la nube negra había ocultado del todo el sol y parecía haberlo enterrado vivo. Desde hacía un rato venían oyéndose truenos lejanos, que de repente se hicieron terribles. Pero Pandora, sin oírlos, levantó la tapa y miró dentro de la caja. Le pareció que un enjambre de criaturitas

aladas salía volando de ella, y en el mismo instante oyó la voz de Epimeteo quejándose, como si le doliese algo.

—¡Ay, me han picado! —exclamó—. ¡Me han picado! Pandora, ¿por qué has abierto esa caja maldita?

Pandora soltó la tapa y, volviéndose rápidamente, quiso ver qué le había sucedido a Epimeteo. La tormenta había oscurecido de tal modo la habitación que no podía ver bien dónde estaba. Pero oyó un zumbido desagradable, como si muchas moscas muy grandes o muchos mosquitos gigantes volaran a su alrededor. Y, cuando se le acostumbraron los ojos a la escasa luz, vio multitud de feísimas y diminutas formas con alas de murciélago, que parecían furiosas y armadas de terribles agujones en la cola. Una de ellas era la que había picado a Epimeteo.

Al poco tiempo Pandora empezó a llorar con no menos dolor y susto que su compañero, y haciendo muchísimo más ruido que él. Uno de aquellos odiosos monstruos diminutos se le había posado en la frente y no sé hasta cuándo

habría seguido picándole si Epimeteo no hubiese corrido a espantarlo.

Y ahora, si queréis saber quiénes podían ser aquellos feísimos animalejos que habían escapado de la caja, os diré que eran la familia entera de los males del mundo. Eran todas las malas pasiones. Eran las muchísimas especies de preocupaciones. Eran más de ciento cincuenta penas distintas; eran las enfermedades, en gran número, de terribles y dolorosas formas; eran muchas más clases de calamidades de las que yo puedo deciros.

En resumen: todo cuanto desde entonces ha afligido los cuerpos y las almas de la Humanidad estaba encerrado en la misteriosa caja que habían entregado a Epimeteo y a Pandora para que la custodiasen cuidadosamente, a fin de que los felices niños del mundo no tuviesen nunca la menor inquietud. Si hubieran cumplido fielmente el encargo, todo habría ido bien. Ninguna persona mayor habría estado triste nunca; ninguna niña habría tenido nunca motivo para derramar una



sola lágrima, desde aquella hora hasta este momento.

Pero —y por esto podéis comprender cómo una mala acción de un solo mortal es una calamidad para el mundo entero—, al haber levantado Pandora la tapa de la caja y al no habérselo impedido Epimeteo, aquellos males se han instalado entre nosotros, y me parece que no tienen prisa por volver a marcharse. Porque era imposible, como comprenderéis, que los dos niños tuvieran encerrado el feísimo enjambre dentro de su casita. Por el contrario, lo primero que hicieron fue abrir de par en par las ventanas, a ver si podían librarse de ellos, y por allí salieron volando los males; y tanto atormentaron y afligieron a toda la gente menuda que fueron encontrando a su paso que en mucho tiempo ningún niño volvió a sonreír. Y, lo que es más extraño, todas aquellas flores llenas de rocío de la Tierra, ninguna de las cuales se había marchitado hasta entonces, ahora empezaron a marchitarse y a deshojarse, y ninguna dura más de un día o dos. También los niños, que parecían inmortales en su

infancia, empezaron desde entonces a crecer día a día, y pronto se hicieron jóvenes, y luego hombres y mujeres, y ancianos, antes de poder darse cuenta del triste cambio.

Entretanto la malvada Pandora y el no menos malvado Epimeteo se quedaron en su casita. Los dos tenían terribles picaduras y sufrían gran dolor, que les parecía más intolerable porque era el primero que sentían desde que empezó el mundo. Como no tenían costumbre de sufrir, no podían comprender lo que el sufrimiento significaba. Además, estaban de muy mal humor uno contra otro, y cada uno contra sí mismo. Epimeteo se sentó en un rincón de espaldas a Pandora y Pandora se tiró al suelo y apoyó la cabeza en la caja fatal y abominable. Lloraba y sollozaba como si fuera a rompérsele el corazón.

De repente oyó un ruidito suave dentro de la caja.

—¿Qué será? —preguntó Pandora levantando la cabeza.

Pero Epimeteo no había oído el ruido, o estaba de demasiado mal humor para darse por enterado; el caso es que no respondió.

—¡Qué poco amable eres! —dijo Pandora volviendo a sollozar—. Ya no quieres hablar conmigo.

¡Otra vez el ruido! Sonaba como si los nudillos de una manecita de hada golpeasen ligeramente, como jugando, el interior de la caja.

—¿Quién eres? —preguntó Pandora con un poco de su antigua curiosidad—. ¿Quién eres tú, que aún estás dentro de esta maldita caja?

Una vocecilla dulce respondió desde dentro:

—Levanta la tapa y lo verás.

—No, no —respondió Pandora echándose a llorar de nuevo—. No quiero volver a levantar la tapa. Dentro de la caja estás, maligna criatura, y dentro te quedarás. Muchos de tus feísimos hermanos y hermanas andan ya volando por el mundo. No pienses que voy a ser tan loca como para dejarte salir a ti también.

Miró a Epimeteo al decir esto, acaso esperando que alabase su prudencia. Pero el niño, enojado, dijo que a buenas horas se acordaba de tener prudencia.

—¡Ah! —dijo la dulce voz—, más os valdría dejarme salir. Yo no soy de esas malignas criaturas que tienen agujones en la cola. No eran hermanos ni hermanas míos los que han salido, como veréis si queréis mirarme. Ven, ven, Pandora mía. Estoy segura de que me dejarás salir.

Había una especie de amable hechicería en el tono de la voz, que hacía imposible negar nada de lo que pidiera. El corazón de Pandora insensiblemente se había ido aliviando a cada palabra que salía de la caja. También Epimeteo, aunque sin salir de su rincón, se había vuelto un poco y parecía estar de mejor humor que antes.

—Querido Epimeteo —exclamó Pandora—, ¿has oído esa vocecita?

—Sí, la he oído, sí —respondió Epimeteo con malos modos—. ¿Y qué?

—¿Quieres que vuelva a levantar la tapa? — preguntó Pandora.

—Haz lo que te parezca —dijo Epimeteo—. Ya has hecho tanto daño que a lo mejor lo mismo da que hagas un poco más. Un mal, añadido al enjambre que has echado a volar por el mundo, no significa nada.

—Podías hablarme con mejores modos — murmuró Pandora limpiándose los ojos.

—¡Ah, niño, niño! —exclamó la voz dentro de la caja en tono medio serio, medio de burla—. De sobra sabes tú que estás deseando verme. Ven, Pandora, ven; levanta la tapa. Tengo prisa por consolaros. Déjame que respire un poco el aire libre, y ya veréis que las cosas no son tan tristes como parecen.

—Epimeteo —exclamó Pandora—, pase lo que pase, estoy decidida a abrir la caja. —Y, como me parece que la tapa pesa mucho —exclamó Epimeteo corriendo—, te ayudaré.

Así, de común acuerdo, los dos niños levantaron de nuevo la tapa. Salió volando una radiante y sonriente mujercita que revoloteó

por toda la habitación arrojando luz por dondequiera que pasaba. ¿No habéis hecho bailar nunca un rayo de sol con un pedazo de espejo? Pues eso parecía el alado regocijo de aquella mujercita como un hada en la triste oscuridad de la estancia. Voló hacia Epimeteo y puso ligeramente el dedo en el sitio en que el mal le había picado, e inmediatamente cesó el dolor. Luego besó a Pandora en la frente, y también curó el daño.

Después de esta buena obra, la alegre desconocida revoloteó juguetonamente sobre la cabeza de los dos niños y los miró tan dulcemente que a los dos empezó a parecerles que no era realmente tan malo haber abierto la caja, puesto que, de no hacerlo, su gozosa huésped se habría quedado prisionera para siempre entre aquellos malvados duendes con sus agujones en la cola.

—¿Quién eres, hermosa criatura? —preguntó Pandora.

—¡Me llamo Esperanza! —respondió la mujercita—. Y porque soy tan alegre y sé dar tanto ánimo, aunque soy tan pequeña, me

encerraron en la caja para consolar al género humano de todo el enjambre de males que estaba destinado a caer sobre él.

¡No temáis! Ya veréis cómo lo pasamos muy bien, a pesar de todo.

—Tus alas tienen muchos colores, como el arco iris —exclamó Pandora—. ¡Qué bonitas son!

—Sí, son como el arco iris —dijo Esperanza—, porque, aunque soy alegre por naturaleza, estoy hecha tanto de lágrimas como de sonrisas.

—¿Y te quedarás con nosotros? —preguntó Epimeteo—. ¿Siempre, para siempre?

—Siempre que me necesitéis, me tendréis —dijo Esperanza con su agradable sonrisa—, y me necesitaréis mientras estéis en el mundo. Prometo no abandonaros nunca. Vendrán tiempos y ocasiones, de cuando en cuando, en que me habré desvanecido por completo. Pero otra vez, y otra vez, y otra y otra, cuando menos lo penséis, veréis el resplandor de mis alas en el techo de vuestra cabaña. Sí, hijos

míos, y sé que luego os darán una cosa muy buena y muy bonita.

—¡Oh, dinos qué es! —exclamaron los niños—. ¡Dinos qué es!

—No me preguntéis —respondió la Esperanza, poniéndose un dedo en los labios de rosa—. Pero no desesperéis de alcanzarlo, aunque no os llegue mientras viváis en la Tierra. ¡Creed en mi promesa, porque es verdad!

—¡Te creemos! —exclamaron a un tiempo Pandora y Epimeteo.

Y así lo hicieron. Y no solo ellos, sino todo el que ha vivido, ha creído en la Esperanza. Y, para deciros la verdad, no puedo menos de alegrarme (aunque desde luego fue cosa muy mal hecha), no puedo menos de alegrarme, digo, de que nuestra alocada Pandora levantase la tapa de la caja. Sin duda... sin duda... los males siguen revoloteando por el mundo y han aumentado en vez de disminuir, son una serie de duendes feísimos y llevan en la cola los agujones más envenenados. Yo he tropezado con ellos y me han picado, y espero que me piquen mucho más, según vaya siendo más



viejo. Pero ¿y la amable y luminosa figura de la Esperanza? ¿Qué haríamos en el mundo sin ella? La Esperanza espiritualiza la Tierra. La hace siempre nueva; y aunque miremos el mundo en su aspecto mejor y más brillante, la Esperanza nos dice que toda esa luz no es sino la sombra de una bienaventuranza infinita que hemos de encontrar después.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>